

FICHA DE FORMACIÓN

Hilo Negro



109

Historia del 1º de mayo

El 1 de mayo de 1886, una huelga general estalló por todo Estados Unidos. En ese entonces los sindicatos eran redes completamente ilegales. La policía dispersaba las reuniones, golpeando y encarcelando a los organizadores. Hacer huelga quería decir hacer guerra con todos los poderes. El reclutamiento de equipos de esquirols era práctica común.



En 1884, una de las redes sindicales norteamericanas convocó a un día nacional de acción. El 1º de mayo de 1886, propusieron, los trabajadores simplemente impondrían la jornada de ocho horas y cerrarían las puertas de cualquier fábrica que no accediera. Una circular recorrió de mano en mano las filas de los trabajadores: “¡Un día de rebelión, no de descanso! ¡Un día en que el trabajador hace sus propias leyes y tiene el poder de ejecutarlas! ¡Un día de protesta contra la opresión y la tiranía, contra la ignorancia y la guerra de todo tipo. ¡Un día en que comenzar a disfrutar ocho horas de trabajo, ocho horas de descanso, ocho horas

para lo que nos dé la gana!”. El plan recibió una entusiasta acogida: el día de trabajo típico era de dieciocho horas. Los obreros, literalmente, trabajaban hasta morir.

El año 1886 fue revolucionario. Incluso antes de la primavera, comenzó una ola de huelgas a nivel nacional. Dos meses antes del Primero de Mayo, según la prensa local, “ocurrieron repetidos disturbios (en Chicago) y se veían con frecuencia vagones llenos de policías armados que corrían por la ciudad”.

¡Primero de Mayo!

Primero de Mayo de 1886. Un periódico de Chicago informó: “No salía humo de las altas chimeneas de las fábricas y talleres; y todo tenía un aire dominical”. “Al ‘elemento obrero’ lo ha picado una especie de tarántula universal... se han vuelto locos”.

En Detroit, 11.000 trabajadores marcharon en un desfile de ocho horas. En Nueva York, se manifestaron con antorchas de 25.000 obreros. 40.000 hicieron huelga. En Louisville, más de 6000 trabajadores, negros y blancos, marcharon por el Parque Nacional violando deliberadamente el edicto que prohibía la entrada de gente de color. En Chicago, el baluarte de la rebelión, por lo menos 30.000 obreros hicieron huelga.

Pero la calma “dominical” era engañosa y temporal. Escondidos en los callejones, desparramados en techos estratégicos, esperaban policías armados. En los arsenales esperaban 1.000 soldados de la Guardia Nacional.

El “Comité de Ciudadanos” (la clase dominante de Chicago) decidió que era necesario aplastar el movimiento. La policía comenzó a atacar a los trabajadores.

La masacre de McCormick

Un incidente crítico ocurrió en la planta de McCormick Reaper de Chicago. Los patronos cerraron la planta desde mediados del verano a los trabajadores sindicalizados y la policía llevaba a diario grupos de esquirols. El 2 de mayo los trabajadores se enfrentaron a los esquirols que en ese momento salían de la planta. La policía comenzó a disparar contra los trabajadores. Por lo menos dos trabajadores cayeron muertos; muchos quedaron heridos, entre ellos muchos niños.

Al día siguiente, el 3 de mayo, el crecimiento de la huelga era alarmante. En las asambleas de trabajadores, había intensos debates; debatían cómo responder. Se convocó una reunión popular en la plaza Haymarket para la noche del 4 de mayo.

El incidente de Haymarket

La mañana del 4 de mayo, la policía atacó una columna de 3.000 huelguistas. Por toda la ciudad se formaron grupos de trabajadores. Al atardecer, Haymarket era una de las muchas reuniones de protesta, con 3.000 participantes. Los discursos siguieron, uno tras otro, desde la parte de atrás de un vagón. Al comenzar a llover, la reunión se disolvió. Cuando solamente quedaban 200 asistentes, un destacamento de 180 policías, fuertemente armados, se presentó y un oficial ordenó dispersarse. Le respondieron que era un mitin legal y pacífico. Cuando el capitán de policía volvió para dar órdenes a sus hombres, una bomba estalló en sus filas. La policía transformó a Haymarket en una zona de fuego indiscriminado, disparando contra la multitud, matando a varios trabajadores e hiriendo a 200.

La clase dominante usó este incidente como pretexto para desatar su planeada ofensiva: en las calles, en los tribunales y en la prensa. Los periódicos, en Chicago y por todo el país, demandaron la ejecución instantánea de todo subversivo. El 5 de mayo en Milwaukee la milicia del estado respondió con una masacre sangrienta de un mitin de trabajadores; dispararon a ocho trabajadores polacos y uno alemán por violar la ley marcial. En Chicago, las redadas llenaron las cárceles de miles de huelguistas. Hubo torturas, asaltos a locales y casas de trabajadores, se destruyó la prensa obrera y se arrestó a sus editores... La huelga general se desintegró.

El juicio de Haymarket

El juicio comenzó en Chicago a mediados de mayo de 1886. La acusación: asesinar un policía que murió en Haymarket. Todos los acusados eran líderes sindicales: August Spies, Michael Schwab, Samuel Fielden, Albert R. Parsons, Adolf Fischer, George Engel, Louis Lingg y Oscar Neebe.

A todas luces, el juicio fue un linchamiento legal: el proceso normal de escoger a los jurados por sorteo se descartó de plano; en su lugar se nombró un alguacil especial. Éste se jactó: "Estoy manejando este proceso y sé qué debo hacer. Estos tipos van a colgar de una horca con plena seguridad". Finalmente, el juicio se celebró sin aportar prueba de su participación en el incidente de la bomba. Solamente dos de los ocho acusados estaban presentes.



El juicio duró varios meses. Amenazaron y sobornaron a varios trabajadores para que dieran un testimonio ridículo sobre conspiraciones de todo tipo. Las palabras del fiscal hablaban por sí mismas: "La ley está en juicio. La anarquía está en juicio. El gran jurado ha escogido y acusado a estos hombres porque fueron los líderes. No son más culpables que los miles que los siguieron. Señores del jurado, condenen a estos hombres, denles un castigo ejemplar, ahórquenlos y salven nuestras instituciones, nuestra sociedad". A los condenados los llamaron a hablar antes de sentenciarlos. Un periodista escribió: "No muestran ni arrepentimiento ni remordimiento y en su mente torcida es la sociedad la que está en juicio, no ellos".

Resumiendo sus principios ante el tribunal, Spies concluyó: "Estas son mis ideas.... si ustedes piensan que pueden borrar estas ideas que están ganando más y más partidarios con el paso de cada día, si ustedes piensan que pueden borrarlas ahorcándonos, si una vez más ustedes imponen la pena de muerte por atreverse a decir la verdad, si la muerte es la pena por declarar la verdad, pues pagaré con orgullo y desafío el alto precio! ¡Llamen al verdugo!". Los siete fueron condenados a muerte.

Surgió un gran movimiento para defenderlos; se celebraron mítines por todo el mundo: Holanda, Francia, Rusia, Italia, España y por todo Estados Unidos. Al aproximarse el día de la ejecución, cambiaron la sentencia de dos de los condenados a cadena perpetua, uno de ellos apareció muerto en su celda. El 11 de noviembre de 1886, denominado luego el "Viernes negro", fue el día programado para la ejecución. Medio millón de personas asistieron al cortejo fúnebre.

Al mediodía, cuatro hombres (Spies, Engel, Parsons y Fischer) se presentaron ante la horca, con togas blancas. Spies habló, mientras le cubrían la cabeza con la capucha: "Llegará un tiempo en que nuestro silencio será más poderoso que las voces que ustedes estrangulan hoy". Parsons gritó: "¡Permítame hablar, sheriff Matson! Que se oiga la voz del pueblo...". El nudo corredizo se apretó silenciándolo.

Cuarenta años después, serían condenados otros dos anarquistas, a quienes se les llamó los Mártires de Boston. Sus nombres: Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti.

